

M.D. WHITE *Kantian Ethics and Economics. Autonomy, Dignity, and Character*. Stanford University Press, Standford, California, 2011, 262 pp.

José Luis Fernández Fernández
Universidad Pontificia Comillas (Madrid)

Para moverse con cierta solvencia en los dominios de la Ética Aplicada suele resultar más que suficiente con ser capaz de entender y expresarse –si se me acepta lo gráfico de la metáfora– en una suerte de *bilingüismo asimétrico*. Ello sea dicho, teniendo en cuenta lo complejo que resulta manejar con soltura los dos registros del discurso: De un lado la competencia en la reflexión filosófico-moral, tarea en sí misma ardua y difícil, que requiere dedicación profunda y un esfuerzo continuado de reflexión y contraste de perspectivas intelectuales. De otro, el conocimiento del ámbito profesional o de especificidad de que trate la correspondiente Ética Aplicada; y ello, tanto en la vertiente teórica de la disciplina, cuanto en el conocimiento práctico del quehacer empírico de quienes se dedican de manera estable a la actividad ocupacional correspondiente: Ingeniería, Medicina, Derecho, Trabajo Social, Psicología... y, por supuesto, Administración de Empresas, Negocios y Economía.

Ambos momentos resultan inevitables: Si falla o está poco articulado el aspecto filosófico-moral, el discurso que se haya de poder llevar a efecto no pasará de ser un conjunto más o menos deslavazado e incoherente de reflexiones y propuestas asistemáticas, gratuitas, peregrinas... independientemente de la buena voluntad que se haya de suponer por parte de quien las propone. Si, por el contrario, el ámbito que se resiente es el que da frente a la realidad disciplinar o al quehacer práctico objeto de análisis ético en el caso concreto de que se trate, el lector no podrá sino quedarse con una sensación de cierta perplejidad; con la decepción teórica que se sigue de un regusto a formulismo descarnado y teñido de estereotipo *moralista* –en el peor sentido del término.

Por remedar a Kant –que, al fin y al cabo, es de quien se trata en el libro que aquí se reseña–, si las ideas sin objeto moral sobre el que verterse resultan *vacías*; la presentación de los datos fácticos de la dinámica profesional puede quedar *ciega*, si se lleva a efecto al margen de una reflexión seria respecto a los *bienes intrínsecos* que justifican aquellas actividades y sin atender a los requerimientos de una buena *praxis* profesional y personal.

El libro que presento es un ejemplo inmejorable –y diría que verdaderamente excepcional– de cómo, trayendo de nuevo la metáfora a colación, un autor se muestra por completo bilingüe al abordar una cuestión compleja que busca articular la reflexión ética con la económica desde un paradigma filosófico de recia raigambre intelectual. Pues, en efecto, su autor domina perfectamente, de una parte, el lenguaje –y, desde el lenguaje, las metas, los presupuestos epistemológicos, el discurso– y la entraña propia de la Economía como saber y disciplina académica. Por otro lado, se expresa con perfecta competencia en una lógica que domina a la perfección, con cuya índole parece sintonizar vitalmente y de la que no puede menos de ser

reconocido como eximio conocedor; esto es, la representada por la Filosofía propia del Idealismo Transcendental de Immanuel Kant.

En este volumen, White recoge, reubica, vuelve a exponer sus ideas a partir de trabajos y materiales previos ya publicados, unos en reputados *journals* y otros en sugerentes libros de colaboración. La novedad estriba, precisamente, en la articulación arquitectónica que aquí se nos propone y que viene siendo presentada en los cinco capítulos en que queda estructurada la obra: (1) Kantian Ethics, Economics, and Decision-Making; (2) A Kantian-Economic Model of Choice; (3) Individual in Essence, Social in Orientation; (4) Dignity, Efficiency, and the Economic Approach to Law; y (5) Consent, Pareto, and Behavioral Law and Economics.

Los dos primeros capítulos tienen un sesgo más propio de la ética individual; los dos últimos, apuntan hacia aspectos y discusiones más cercanas a la política y a la aplicación práctica. El capítulo tercero vendría a servir de engarce y puente entre los unos y los otros. A ello responde el título del capítulo al enfatizar la esencia individual y la orientación social de las personas. Y la tesis fuerte en él asumida podría quedar formulada en los siguientes términos: “individualism is not inconsistent with sociality and community” (13).

Esta afirmación, el propio White nos advierte, va especialmente dirigida a los que él denomina *social economists* y que define como aquellos que comparten con él su sensibilidad hacia la dimensión ética de la economía, ya sea en su vertiente teórica, ya en la práctica, ya en lo referido a la educación. También White y los *social economist* tienen en común dos cosas más: de una parte la insatisfacción frente al individualismo metodológico; de otro, su prevención frente a un mercado capaz de corroer los lazos que mantienen unida a la sociedad.

Ahora bien, más allá de aquellos *social economists*, naturalmente, se encuentran sin duda los destinatarios inmediatos de la obra; esto es, los *mainstream economists*, quienes, casi al completo de su nómina, asumen de manera más o menos acrítica una *filosofía utilitarista* como substrato teórico de su quehacer disciplinar en Economía.

Con todo, un tal planteamiento de tipo *consecuencialista*, resulta con frecuencia en una teoría de corto vuelo que no acaba de dejar satisfecho del todo a quien aspira a entender de veras la índole esencial de la Economía como ciencia y de la actividad económica como imperativo cultural y praxis humana sobre la que aquella teoriza. Pues, resulta muy ingenuo suponer que la dimensión económica de la vida social haya de quedar descifrada en rigor, desde el puro y plano *utilitarismo filosófico*, apelando en exclusiva a los modelos simplificados con los que necesariamente los economistas han de operar—curvas de oferta y demanda; y, en todo caso, ecuaciones simples en toda su aparente complejidad, que son las únicas que les van a permitir modelar la interacción humana desde una matemática estandarizada, dando de paso el toque *científico* que tanto se anhela entre quienes aún no han conseguido elaborar una epistemología sensata que ubique los saberes al hilo de la peculiar *acribeya* y exactitud que su objeto requiere.

Pues bien, más interesante que dar sumaria cuenta del tenor de cada uno de los capítulos del libro —el lector puede hacerse una cierta composición de lugar al hilo de los enunciados capitulares—, procede —creo yo— detenerse un tanto en *el desde dónde* está concebido el libro; y en el *para qué*; en el marco general, en el enfoque teórico desde el que su autor parte; esto es:

en la opción por la filosofía kantiana como manera de comprender las claves profundas de la acción humana en el ámbito económico. Busca White aportar luz sobre algunos de los aspectos antropológicos y sociales que se ponen en funcionamiento cuando se lleva a cabo la interacción personal de los agentes en el marco de la vida económica. Quiere, entre otras cosas, captar la esencia de la elección, la clave de la jerarquización de las preferencias, el *quid* de la racionalidad con que los sujetos toman sus decisiones y gestionan la escasez en función de una opción, más o menos lúcida, en favor unos objetivos sobre otros. Busca, en suma, al coordinar la ética kantiana con la Economía, hacer que ésta sea más aguda en su comprensión de los fenómenos, al dar cabida al deber moral en las tomas de decisiones económicas.

Ya en la primera línea de la Introducción confiesa White su fascinación por la Economía –“I love economics, I really do” (1)- y cómo ha venido manteniendo con ella una relación de amor-odio, desde el punto y hora en que no considera adecuado partir de la tajante y artificiosa dicotomización entre Economía positiva –el reino del ser- y la economía normativa –el mundo del deber ser. Y, sobre todo, con el corolario de todo ello: que para hacer ciencia económica haya que prescindir de los juicios de valor; que en aras de la cientificidad, se haya de recalar en el absurdo de optar por un discurso *value-free*... Con este trabajo busca el autor mediar a través de la Filosofía en la turbulencia de la relación que desde su juventud ha venido viviendo con la Economía.

En todo caso, está nuestro autor muy vacunado contra el positivismo simplista de corte decimonónico que, por cierto, aún está tan profusamente asumido entre muchos científicos sociales, incluidos los economistas y los versados en Economía. Para éstos, lo *científico* es el *analogatum princeps* del conocimiento humano y el abordaje matemático su más cumplida y objetiva versión. No asume White este relato en modo alguno; y afirma de manera explícita y sin ambages: “Utilitarianism is neither scientific nor objective –its normative foundations are simply hidden under the veneer of mathematics” (11).

Es decir, que todos los economistas que en el mundo son, han sido y serán, tienen unos prejuicios filosóficos a partir de los cuales elaboran su pretendidamente aséptico y objetivo saber... Muchas veces no son conscientes de ellos; y en el mejor de los casos, cuando resultan capaces de explicitarlos suele aparecer el paradigma filosófico utilitarista, con su cálculo de consecuencias en busca de la obtención de aquel problemático mayor bien para el mayor número... y a la base, la caricatura de *homo economicus* que, como optante mecánico, determinaría su voluntad por la maximización de su función de utilidad... siendo así que, a la hora de tratar de comprender los mecanismos que explican la acción humana –y la actividad económica, ciertamente lo es- hay que contar con una abigarrada mezcla de motivos, de razones, de causas, incluso de irracionalidades que si sitúan en planos bien distintos a los del simple *trade-off*... ¿Cómo atender al momento de la autodeterminación, al polo del deber, a la circunstancia del hacer lo que uno considera correcto, independientemente de las consecuencias previsibles más o menos halagüeñas...?: Necesariamente hay que ir más allá, *beyond Utilitarianism*.

Si el Utilitarismo se queda corto y la economía del bienestar hace oídos sordos a la suerte de las minorías, en aras del neto positivo, conseguido a costa de perjuicios más o menos evitables, habrá que abundar en lo que sea la persona –más, mucho más que un simple receptáculo de

utilidades-, y tatar de identificar las claves antropológicas que iluminen aspectos tales como la dignidad personal, la autonomía de la voluntad, la autodeterminación libre y consciente, el respeto debido a uno mismo y a los derechos de los demás, la justicia como horizonte de convivencia... y tantas otras facetas inesquivables que, con frecuencia, son obviadas en la Economía, con grave desdoro de ella misma.

Por temple vital, nuestro autor no podía darse por satisfecho con un abordaje teórico simple, por más que sea el que reine entre los *mainstream economists*. Y por ello, precisamente, hubo de quedar fascinado con la gigantesca figura de Kant y su poderosa propuesta filosófica. El que suscribe esta reseña quisiera dejar dicho que comprende perfectamente a White, toda vez que algo similar hubo de acontecerle a él mismo cuando, desde la lozanía de los 18 años, tuvo la suerte de captar en todo su alcance y profundidad teórica algunas de las claves del pensamiento del maestro de Königsberg.

Huye White del Kant caricaturizado –rigorista, alejado de la realidad, anclado en el formalismo, casi fundamentalista- a partir de una comprensión apresurada de su pensamiento basada exclusivamente en lo que él mismo quiso dar a entender en la *Groundwork for the Metaphysics of Morals*. Antes al contrario, se nos ofrece un Kant –el de *The Metaphysics of Morals* y el de la *Critique of Practical Reason*- abierto al sentido común y cercano a la *teleología*. Un Kant muy próximo a la ética de la virtud y a lo relativo a la prudencia y al juicio prudencial a partir del empeño por ir más allá de las reglas y llenar de contenido real las meras directrices contenidas en el *Imperativo Categórico*. Incluso White llega a lamentar el flaco favor que el propio Kant se hubo de hacer a sí mismo en trabajos como, por ejemplo, “On Supposed Right to Lie”. Glosando el tenor del escrito kantiano, White escribe: “I am afraid Kant shot himself in the foot with this one, and wasted innumerable hours of good scholars’ time in attempting to hold his moral theory in light of it” (205, nota 111 del capítulo I)

Aquella suerte de cercanía entre la ética de la virtud y la interpretación que de Kant hace White se afirma y se reitera en distintos pasajes. Por modo de ejemplo ilustrativo, citaré el siguiente: Cuando White está distinguiendo los conceptos de *perfect an imperfect duties* y apunta a cómo Kant exige actuar no sólo *according to the moral law, but out of respect for it*-, señala: “This adds an essential motivational standard for kantian agents that parallels classical virtue ethics...: doing the right thing for the wrong reason does not make an agent moral or virtuous” (30).

En definitiva: Estamos ante un libro robusto, bien concebido, serio. Un trabajo que supone un soplo de aire fresco; que abre la comprensión a estructuras de preferencias en modelos de decisión económica más ajustados a la realidad de la ciencia económica normal. Una monografía escrita en la estela de Jean-Jacques Laffont, Marc Bilodeau, Nicholas Gravel, Amartya Sen, Amitai Etzioni... y de “an august grouping to wich your autor would add this humble monograph” (37).

Un libro, por lo demás, muy bien escrito: con todo rigor académico del que dan cuenta el aparato crítico, con la profusión de citas y referencias –la abundante y selecta bibliografía que se cita al final y que se extiende entre las páginas 237 y 261- da cuenta de nivel científico del estudio. Pero también hay que destacar que se trata de un texto literariamente bien redactado: con agilidad, con desenfado; incluso con fino sentido del humor. Basten tres perlas

al respecto. En un pasaje con el que pretende ilustrar lo que va exponiendo sobre *Incorporating duties into preferences and constrains*, escribe: “Consider a weary traveler who has arrived home after a long business trip and the only thing on her mind, the only desire or inclination she cares about, is to see her beloved fiancé (or dog-you choice)” (44)... Y un poco más abajo, véase la acotación entre paréntesis, cuando escribe: “Again, framing moral duties or principles which tell us what not to do as preferences over what we want not to do (I dare you to say that three times quickly) obscures what is going on in such situations” (44). Una última cita que revela el tono de fina ironía de su autor la puede encontrar el lector en la nota 60 del capítulo segundo. Está nuestro autor exponiendo un aspecto de cierta complejidad en un epígrafe titulado *Judgment and Will: A kantian-Economic Model of Choice*. En un cierto momento de su argumentación, indica que dado que se hayan determinado ya las posibilidades entre las que el agente decisor kantiano deba elegir –una basada en el deber; otra, en la inclinación-, el modo como aquel responda ante el dilema, estará más en función de la fuerza que su voluntad tenga que de una elección largamente deliberada. Para ilustrar el punto, introduce un párrafo –unas quince líneas- en el que el registro lingüístico, ahora marcadamente algebraico, es disonante con respecto al tono general del libro. La explicación viene recogida en su correspondiente lugar: “I wanted to include something for the mathematical economist who may have picked up this book by mistake” (208). De paso, reitera la distancia respecto a aquéllos.

Y a propósito del tono y el estilo literario, debo dejar constancia de la perplejidad que me supone ver escrito siempre que hay opción a ello en clave femenina las frases. La citada más arriba del viajero que quería ver a su perro, es una de las muchísimas. No consigo saber si se trata de una unilateral y sincera adhesión al lenguaje políticamente correcto o si se trata –una vez más- de jugar con la ironía para despistar o provocar al lector...

En resumidas cuentas e independientemente de este aspecto muy menor y anecdótico, debo decir que el libro que acabo de recensionar, constituye a no dudar una aproximación a la Ética Económica, *imprescindible*. El lector interesado encontrará en su lectura un verdadero *landmark* de la teoría socio-económica; a partir del cual es razonable pensar que se hayan de poder inferir múltiples, interesantes y profundas implicaciones para comprender de manera más cumplida la interacción social y para diseñar mejores políticas públicas en aras de una economía más próspera y de una sociedad más justa.